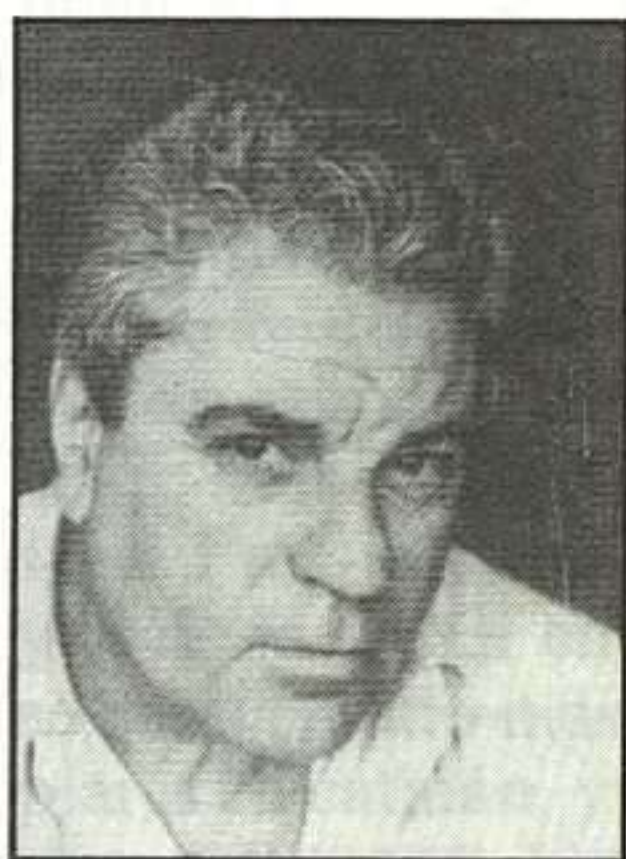


¿POR QUÉ LEER?

A Dickens



Juan Marsé

La primera novela de Charles Dickens que cayó en mis manos, a mis 16 o 17 años, fue *Grandes esperanzas*. El asombro y la emoción que su lectura suscitó en mí han permanecido intactos a través de los años y los libros y alumbran suavemente un rincón muy íntimo y personal, un poco adolescente todavía, de mi sensibilidad literaria. No hablo como intelectual, no lo hago nunca al invocar a Dickens; hablo de emociones y sentimientos.

Siempre que he tenido ocasión de explicar por qué prefiero las novelas que transmiten emociones y sentimientos a las que trafican con ideas y conceptos, he sacado a relucir el magisterio de Dickens, en cuyas novelas, a pesar de que retratan tan fielmente la época victoriana, el aspecto sociológico siempre es muy secundario: a sus personajes los trata como seres vivos, de ningún modo —al contrario de lo que hacen los críticos— como conceptos o símbolos del bien y del mal. Lo que más me interesa de Dickens es su fabulosa capacidad de embaucador, de encantador de serpientes y de lectores. Más allá del pretendido fustigador de injusticias sociales y de iniquidades laborales —su denuncia de los niños pobres obligados a trabajar, por ejemplo, que le hacen deudor del novelón sentimental del siglo XIX—, más allá de la teatralidad de ciertos materiales supuestamente deleznable con los que

edifica su obra, Dickens resplandece eternamente por la vastedad y profundidad de su imaginación, y por la sabiduría y la astucia con las que tejió su vasta obra narrativa.

Son muchas y muy diversas las razones por las que hay que leer a Dickens. Recuerdo a veces el fuego encendido en el hogar de mis abuelos, en los inviernos de mi infancia en el pueblo, y ese trémulo recuerdo siempre lo asocio a Dickens, a su genio

familiar y cálido, sereno y maravilloso: un refugio contra el frío y la adversidad, contra la soledad y el infortunio y los terrores de la infancia. Por todo ello hay que leer a Dickens, un novelista que nunca pierde de vista los problemas esenciales del oficio, que son la claridad, la sencillez, la vivacidad, la intención y el sentido común.

Sus conmovedoras historias siguen hoy en día ampliando los horizontes de nuestra imaginación. ■



Dickens, 1861. Caricatura de André Gill.